

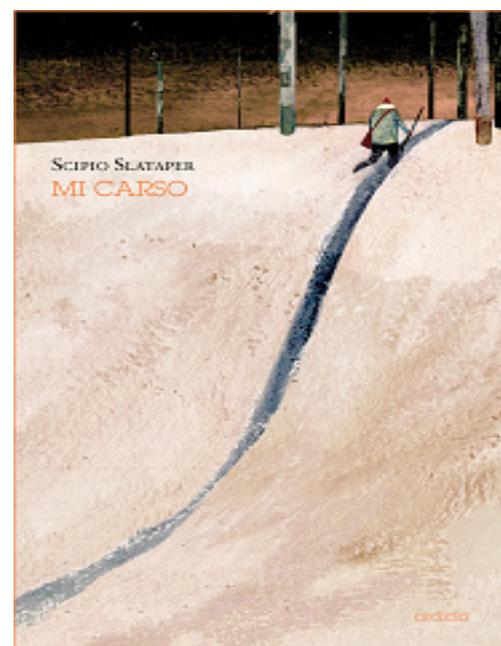
**E**ncrucijada de etnias, religiones, lenguas e imperios, la ciudad de Trieste es, como toda ciudad dotada de connotaciones simbólicas, más un constructo mítico que una realidad. Dicho de otro modo, visitar Trieste y no tener presente lo que de ella dijeron Italo Svevo, Umberto Saba o Scipio Slataper -tal vez los tres autores que más colaboraron en el establecimiento de una determinada visión de Trieste en un momento, principios del siglo XX, en el que la ciudad basculaba entre el marcado influjo eslavo, la atracción italiana y el sometimiento al poder austríaco- es dejar atrás gran parte de su interés como ciudad y su valor como muestra de las contradicciones de la historia europea moderna.

Trieste es, se quiera o no, una ciudad tremendamente literaria: por sus calles y jardines pasaron James Joyce, Rainer Maria Rilke, Eugenio Montale o Robert Musil, y todos dejaron de ella páginas y recuerdos difícilmente dissociables de la imagen de la ciudad que ha perdurado en el imaginario colectivo más culto.

No hay que olvidar, por otro lado, que literaturizar una ciudad, tanto como encajonar su idiosincrasia entre los límites de una determinada visión personal, conlleva en la mayoría de las ocasiones (y más en el caso de la heterogénea Trieste) el grave riesgo de dejarse arrastrar por la subjetividad. No hay, obviamente, una sola Trieste, sino una posible suma de perspectivas que en su conjunto acaban por dar, por aproximación, una visión global más o menos cercana a la real.

Es esto justamente lo que nos recuerda otro gran triestino, Claudio Magris, en el texto elegido como prólogo de *Mi Carso*. Retomando la reflexión en torno a su ciudad en *Trieste: un'identità di frontiera* (Einaudi, 1982; *Trieste: una identidad de frontera*, trad. César Palma, Pre-Textos, Valencia, 2007), Magris no duda en señalar la gran contradicción inherente a muchas visiones de Trieste: que quienes intentan reducir la ciudad a una única y exclusiva visión apriorística acaban por falsear su constitución multiforme, y el hecho de que estos, indefectiblemente, terminan siempre por chocar con la incompreensión de quienes no se reconocen en el producto final de ese reduccionismo.

SCIPIO SLATAPER, *Mi Carso*,  
traducción de Pepa  
Linares, Ardicia, Madrid,  
2013, 144 pp. ISBN: 978-  
84-941235-2-8



**Palabras clave:**  
Carso  
Trieste  
literatura



Todo ello no sería más que pura palabrería si no fuera porque son justamente estos elementos (la búsqueda de la identidad propia y colectiva, la concreción de lo que vino a llamarse “triestinidad”, y el falseamiento de la realidad en pos de una determinada visión de la misma) algunos de los ejes sobre los que pivota, de una forma o de otra, *Il mio Carso*, la breve pero significativa novela del malogrado Scipio Slataper (Trieste, 1888 – Monte Calvario, 1915), uno de los autores más aclamados de la narrativa italiana de las primeras décadas del siglo XX.

Ahora, cumplidos ya cien años de la primera aparición de la novela en Italia y justo en un momento en el que el candente tema de las nacionalidades vuelve a brotar con fuerza de entre los escollos de un europeísmo en caída libre, la recién fundada editorial madrileña Ardicia ha apostado con gran valentía por su publicación en castellano, cubriendo así un incomprensible vacío de los muchos que quedan en las traducciones de obras italianas en nuestro país. La novela, con traducción de la siempre interesante y eficaz Pepa Linares (traductora especialmente dotada para textos complejos, recordemos sus recientes trabajos con Beppe Fenoglio para la editorial Sajalín) no es, por otro lado, fácilmente asimilable a unos pocos rasgos.

De hecho, si toda obra de arte es susceptible de ser interpretada de mil modos distintos, *Il mio Carso* lo es aún más, ya que desde el principio el escritor miente y fantasea de forma palpable, reconocida y conscientemente, sobre lo que está diciendo: “Quisiera engañaros, pero no me creeríais. Sois listos, sagaces, en seguida comprenderéis que soy un pobre italiano que pretende barbarizar sus preocupaciones solitarias”, nos dirá ya en la primera página.

Así, a la propia decodificación de la trama de la novela, sinuosa y dotada de un evocador lirismo, se suma la posible lectura derivada de la génesis misma del texto en la Trieste de principios del siglo XX, hervidero de posicionamientos con frecuencia divergentes incluso dentro de la misma corriente irredentista -la de quienes clamaban por la incorporación de Istria al recién nacido Reino de Italia-, además de la también acertada y más directa lectura autobiográfica, a la que se añade, por último, el abrumador

*«Quienes intentan reducir la ciudad a una única y exclusiva visión apriorística acaban por falsear su constitución multiforme»*

material exegético generado cuando, al morir trágicamente Slataper durante la Gran Guerra, la obra pasó a leerse a partir de claves excesivamente politizadas.

Se impone, por todo ello, la necesidad de afrontar la lectura de *Mi Carso* con sumo cuidado, posicionándonos como lectores “listos, sagaces” capaces de seguir con máxima cautela los vericuetos de la verborrea, lírica y densa, que en primera persona (solo en apariencia sincera, conviene insistir) inunda la narración desde los compases iniciales de uno de los incipit más recordados de la literatura italiana: «Quisiera deciros: nací en el Carso, en una casucha con el tejado de paja ennegrecida por el humo y las lluvias».

Late además en Slataper un constante deseo de mistificación, la necesidad de definir lo que le rodea y, al mismo tiempo, de autodefinirse, de autorrepresentarse ante sí mismo y ante el lector, un lector frecuentemente interpelado en la narración y, tal vez, trasunto del mismo escritor desdoblado en el proceso de escritura en tanto receptor último de sus propias preguntas retóricas en su búsqueda de autoafirmación. De este modo, mezclando la descripción de ambientes, las historias familiares y el listado de sus filias, fobias y esperanzas infantiles y juveniles (esos “buenos tiempos aquellos, de amor y de gloria” dedicados a los juegos de policías y ladrones o a la caza de gatos y mirlos con la escopeta de aire comprimido, por los que desfilan curiosos familiares, la joven Vila, de la que, sin decirlo, está enamorado, o el larguirucho y fornido Ucio) Slataper acaba por crear una obra que es mitad biografía de tintes líricos, mitad *Bildungsroman* y mitad ejercicio de introspección, cobrando especial relevancia en este recorrido, sin duda, el descubrimiento del Carso, la meseta eslovena fronteriza a los pies de la cual se halla la ciudad de Trieste.

Si su infancia y primera juventud ocupan la primera parte del texto (y ello pese a que el escritor había renunciado a contar su historia: “Me gustaría contaros de mis años de escuela, de mis queridos condiscípulos, de las primeras personas que conocí, pero no me interesan bastante. Os escribiría largas páginas fastidiosas”), será el descubrimiento de la montaña quien ocupe la segunda. En un momento en que se siente “enfermo de anemia ce-

*«Son justamente estos elementos (la búsqueda de la identidad propia y colectiva, la concreción de lo que vino a llamarse “triestinidad”, y el falseamiento de la realidad en pos de una determinada visión de la misma) algunos de los ejes sobre los que pivota, de una forma o de otra, Il mio Carso, la breve pero significativa novela del malogrado Scipio Slataper»*

rebral”, el descubrimiento del Carso será el detonante que lleve al autor a una postura comprometida con la italianidad de Trieste, a enfrentarse a la policía para reclamar una universidad italiana en la ciudad, a adoptar posturas propias del irredentismo, a sus emocionadas lecturas sobre Guglielmo Oberdank (ejecutado tras intentar asesinar al emperador Francisco José) o a su incorporación al grupo Joven Trieste... en definitiva, la toma de conciencia de que “la patria era para mí exclusiva y sagrada”.

Explicar qué relación pueda haber entre la montaña y la experiencia posterior del autor, dependerá de las perspectivas implícitas en las muchas lecturas que se han ofrecido de la novela a lo largo de los años; lo que es cierto es que el Carso es a veces telón de fondo, a veces lugar de reposo para el escritor, a veces escenario de poéticos encuentros con la naturaleza, en ocasiones objeto pasivo de su búsqueda de integridad (“Es delicioso descansar así, amando delicadamente esta hierba alta, y palpar, perdido, con la mirada en el cielo. Soy una dulce presa deseosa de hundirse en la naturaleza”), pero también un sombrío lugar en el que abandonarse, en el que dejarse morir a la sombra de un árbol o el lugar ideal desde el que asentar, por contraste, su visión degradada de la ciudad.

Es como si, en definitiva, el Carso fuera el espacio en el que reside el verdadero espíritu que busca Slataper, espíritu ausente y desatendido en esa ciudad que, a lo lejos, se yergue putrefacta y repulsiva: “Pobre sangre italiana, sangre de gato doméstico. De nada vale esconderse en la oscuridad y escudriñar y saltar sacando las uñas contra la presa; la albóndiga preparada está quieta en el plato. Te aqueja la anemia cerebral, pobre sangre italiana, y tu Carso ya no regenera la ciudad. Túmbate en el empedrado de tus calles y espera a que el nuevo siglo te pisotee”.

Si bien algunas referencias biográficas son totalmente claras y diáfanas (como las notas a la reacción del padre durante el conflicto de Abisinia, 1895-1896, cuando Slataper tenía ocho años de edad: “Seguí toda la guerra de Abisinia en un mapa enorme que mi padre había clavado en nuestro cuarto. Con el Piccolo en la mano, nos explicaba por dónde iban los italianos [...] No sabéis lo que significaba para mí la palabra *bersagliere*”), otras, por el contrario,

*«Late además en Slataper un constante deseo de mistificación, la necesidad de definir lo que le rodea y, al mismo tiempo, de autodefinirse, de autorrepresentarse ante sí mismo y ante el lector, un lector frecuentemente interpelado en la narración y, tal vez, trasunto del mismo escritor desdoblado en el proceso de escritura en tanto receptor último de sus propias preguntas retóricas en su búsqueda de autoafirmación»*

son difícilmente entendibles sin afrontar la perspectiva simbólica, como es el mencionado contacto iniciático con el Carso, donde “mi alma se ensancha de veras como el agua en una cuenca inmensa”.

Novela de ideas en movimiento (no hay trama, no hay apenas diálogo), de flujo de conciencia, plagada, como el pensamiento mismo, de contradicciones, a veces sutiles, a veces manifestadas de forma directa (“no, no, mi vida no fue así, pero yo estoy igualmente inquieto y desplazado [...] Yo no soy persuasivo, soy contradictorio. Hay que callar y prepararse”), son justamente estos dos adjetivos “inquieto y desplazado”, los que tal vez mejor sirvan para definir a Slataper y, *mutatis mutandi*, para caracterizar su prosa, densa y nerviosa, en la que no falta la reflexión metaliteraria (“los puntos suspensivos no son míos, sino de la sociedad, porque yo no uso puntos suspensivos”), la paralela toma de conciencia de sus aspiraciones literarias, (“Chaval, eres un literato. Y serás un literato por mucho mar que pongas entre tu última pisada y la siguiente”) o la interesante referencia a sus primeros escritos en la influyente revista *La Voce* (1908-1916), textos que le ayudaron a situarse como uno de los más relevantes representantes de su generación y que, aún hoy, siguen siendo objeto de estudio.

La temprana muerte de Slataper en 1915 durante la cuarta batalla del Isonzo en Monte Calvario (Gorizia) a apenas 60 kilómetros del Carso, no solo dio carta de naturaleza a una de las muchas generaciones perdidas de la literatura italiana, sino que colocó *Il mio Carso*, su única novela, en tanto foto fija de un momento determinado de la naciente historia de Italia. Especular sobre los posibles logros literarios que hubiera alcanzado Slataper de haber seguido con vida (de su grupo, solo Giani Stuparich salió vivo del conflicto, aportando narraciones tan bellas como *Guerra del 15* o *La isla*), no tiene, obviamente, ningún sentido.

Por desgracia, de él apenas nos han quedado unas cuantas colecciones de cartas personales, la recopilación de sus escritos periodísticos y esta breve e intensa novela, pluri-significativa y poliédrica, que se lee y disfruta de un tirón y que, como las grandes obras, permite más de una lectura simultánea. Es curioso comprobar cómo (¿por qué no

*«El Carso es a veces telón de fondo, a veces lugar de reposo para el escritor, a veces escenario de poéticos encuentros con la naturaleza, en ocasiones objeto pasivo de su búsqueda de integridad»*

*«Novela de ideas en movimiento (no hay trama, no hay apenas diálogo), de flujo de conciencia, plagada, como el pensamiento mismo, de contradicciones»*

abandonarnos, por un instante, al símbolo?), mientras que Slataper comienza *Mi Carso* usando la primera persona del singular (el “quiero contaros” del inicio), la acaba justamente con una rápida y obsesiva sucesión del significativo pronombre “nosotros” en el último párrafo: “Nosotros, rígidos de orgullo, con el corazón que nos estalla de vergüenza, os tendemos la mano para rogaros que seáis justos con nosotros, como nosotros tratamos de serlo con vosotros. Porque nosotros os amamos, hermanos, y esperamos que nos correspondáis. Nosotros deseamos amar y trabajar”.

¿Declaración final de intenciones? ¿Deseo de aunar puntos de vista y superar un conflicto que ya se presentía y que, silenciosamente, se iba acercando? No por nada son siempre las grandes obras las que dejan una insidiosa pregunta rondando al lector una vez cerrado el libro. Este es un buen ejemplo de ello. Ojalá la editorial Ardicia nos haga otro regalo como este en su, esperamos, próspera carrera.

*Juan Pérez Andrés*